

## La historia es... Reflexiones sobre los conceptos de historia, memoria y patrimonio

Antonio Gisbert Santaballa | Departamento de Educación, Gobierno de Navarra

URL de la contribución <[www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4340](http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4340)>

E. H. Carr publicó en 1961, hace ya 57 años, *¿Qué es la historia?* (CARR, 1961), una obra fundamental para comprender los cambios paradigmáticos en historiografía de la segunda mitad del siglo XX. En el debate que se abre a raíz de la publicación de dicha obra, asistimos a la preocupación por parte de los historiadores de intentar responder a tan importante pregunta.

Las posturas antagónicas de Carr y Elton (1967), entre otros, al respecto se configuraron en base al contexto e ideología de cada uno de ellos (causalidad, análisis, macroestructuras, materialismo dialéctico del primero, frente a historia política, narrativa, personajes individuales, conservadurismo del último), y sin embargo revelan una preocupación común, preocupación que no solo se circunscribe al debate surgido a raíz de la publicación de *¿Qué es la historia?*, sino que ha acompañado al estudio de la disciplina histórica desde su nacimiento y lo sigue haciendo: la preocupación por parte del historiador de intentar explicar su tarea, justificar la validez y funcionalidad de su disciplina, su lugar dentro de la sociedad, y en definitiva, establecer la naturaleza y definición de la historia como ciencia o conocimiento.

El propósito de este ensayo no es intentar responder la gordiana pregunta planteada por Carr, ni entrar en el eterno debate sobre la naturaleza y función de la historia, sino poner de relevancia los diferentes conceptos que operan en este debate: historia, memoria, patrimonio.

La función de la historia como ciencia es señalada por autores como Pérez Ledesma (2001: 15), como una constante desde el siglo XIX, adoptando diferentes formas. En un primer momento, la recién nacida disciplina pugna por convertirse en ciencia social, frente a otras cuya "utilidad" y "cientificidad" parecía más obvia

(sociología, psicología...). El debate en el siglo XX viene marcado por el cambio de paradigma que supone la aparición de la Escuela de los Anales en Francia e historiadores anglosajones como Carr y Thompson. Esta "edad de oro de la historiografía" (PÉREZ, 2001: 17) sitúa a la historia como ciencia capaz de explicar el presente a través de las causas pasadas que lo han configurado y, por lo tanto, presenta una capacidad de transformar el futuro a partir de las claves que nos proporciona el estudio del cambio histórico.

Sin embargo, cambios en el contexto inmediatamente posterior tales como el auge del neoliberalismo en los años 80, la caída del Unión Soviética, la globalización... provocan la "defunción de la causalidad" (CANNADINE, 2005: 13), de las teorías de Carr, y al mismo tiempo, la aparición de otras formas y métodos de aproximación al conocimiento del pasado.

Es en este contexto de cambio y caída de paradigma donde surge un concepto básico en torno al cual se van



Historia, memoria y patrimonio | fuente pxhere

a configurar los debates relativos a la función y legitimidad del conocimiento histórico: la memoria. La aparición de este nuevo concepto es señalada por varios autores como fruto de diferentes causas. La aparición de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (CANNADINE, 2005: 13), que democratizan el conocimiento y abren el interés acerca del pasado a amplios sectores de la población, pero sobre todo, los cambios sociales y económicos derivados de la globalización, y con ellos, la búsqueda de identidad del individuo, de pertenencia a grupos más cercanos y tangibles que el superado y denostado concepto de “nación” (CASPISTEGUI, 2003: 193).

Veremos, pues, la importancia de la memoria en los debates historiográficos de los últimos años, al apoyar o rechazar su función y legitimidad a la hora de participar en la interpretación y tratamiento que se hace del pasado, junto a la historia. Algunos autores han visto en este proceso una dinámica actual a través de la cual el historiador abandona el ámbito estrictamente académico y se “profesionaliza”, atendiendo a las demandas de la sociedad, la política, los medios de comunicación, la justicia... en definitiva, el “uso público de la historia” (PASAMAR, 2003: 226).

Es significativo el encendido debate surgido en torno al binomio memoria-historia entre los historiadores Santos Juliá y Sebastiaan Faber. Juliá establece una diferencia sustancial en el ámbito de aplicación de ambos conceptos, entre lo que compete a la historia y a la memoria, definiendo las funciones y límites de ambos (JULIÁ, 2011). Por el contrario, autores como Faber, Sánchez León e Izquierdo Martín consideran que asumir la existencia de la memoria e intentar reducirla a un coto cerrado, separado del conocimiento histórico, es un error. Este último discurso se centra en defender una interdisciplinariedad a la hora de abordar el conocimiento del pasado, entendiendo que memoria e historia pueden ser dos métodos complementarios. Conocimiento que, como señala Faber (2011: 471), siempre será relativo. De este modo, advierte sobre la falacia que a su juicio define la historia como garante de la “verdad”, pues dicha verdad depen-

derá del contexto y paradigma en el que se inserte el historiador, es decir, quién interprete y cuándo se haga esa interpretación del pasado histórico. En definitiva, dependerá de los cambios de paradigmas en historiografía a lo largo del tiempo.

Se defiende así un conocimiento del pasado dinámico, con conceptos que van evolucionando a lo largo del tiempo, y se asume que la sociedad de nuestro presente demanda una historiografía donde la memoria sirve para que realidades sociales alternativas, problemáticas identitarias, de grupos marginales o periféricos salgan a la luz y participen en la construcción del discurso que se hace sobre el pasado (FABER, 2011: 471).

Es curioso que ambos autores coincidan en acusar a la tendencia contraria a la que defienden (historia/memoria) de ser utilizada por el poder político y económico para la creación de identidades y la legitimación de procesos y situaciones presentes. Aspecto, el de la creación de identidades a través de una manipulación del discurso histórico, y de las relaciones entre memoria-historia, abordado por autores como Mario Carretero (2008) o Diane Brittan (1997: 11).

Otra mirada interesante hacia el concepto de memoria es la del historiador François Hartog, quien ha centrado una parte importante de su trabajo en definir el régimen de historicidad en el cual nos encontramos. Según el autor, hasta la caída del paradigma de Carr, el objetivo último de mirar hacia el pasado era construir el futuro. De este modo, las claves y causas que el conocimiento histórico nos daba podían emplearse en modificar las realidades presentes para construir un futuro mejor para la humanidad.

La caída del sistema en los años 80 ha dado como resultado, sin embargo, un régimen de historicidad presentista (ARAVENA, 2014: 229). Este régimen implica una pérdida de fe en el futuro, símbolo y causa de la caída de ideologías que buscan el futuro feliz (comunismo), la repetición de “errores” del pasado (limpiezas étnicas en Yugoslavia), una búsqueda de la autodefinición y la iden-



Memorial del 39 Regimiento de Fusileros (1914), en la Reeser Platz, Düsseldorf | fuente pxhere

tividad del individuo, la concepción del futuro como algo amenazante...

Es por lo tanto la memoria, y no la historia, la que ocupa el papel central en la relación que la sociedad busca establecer con el pasado. Un intento de afianzar sus raíces y su pertenencia a un grupo (no ya a una nación), simbolizada en la eclosión de “historias culturales”, de la etnografía, de los memoriales. Lugares, memorias, tradiciones, que intentan salvaguardar la identidad y la esencia del individuo, en un presente siempre cambiante y ante la perspectiva de un futuro incierto, hacia el que no se quiere avanzar. Duby (1994) nos habla de manera significativa de un creciente interés y demanda de biografías de personajes históricos, insertados en un grupo de pertenencia, a través de los cuales se infieren modos

de vida que ayudan a sobrellevar y entender la existencia en el presente.

Y es en esta tendencia hacia el conservadurismo presentista, en esta búsqueda de las raíces y del pasado, no como enseñanza de causas para transformar el futuro, sino en consuelo para sobrellevar el presente, donde cobra fuerza el concepto de patrimonio.

¿Y qué es el patrimonio, en palabras de Hartog (2005), sino un intento de salvaguardar los restos del pasado, y lo que ha llegado hasta nuestro presente, frente a un futuro amenazador?

Asistimos, pues, a un creciente proceso de patrimonialización de la cultura (ARIÑO, 2002: 129), esto es, la



Memorial al Holocausto, Lincoln Park, San Francisco, California | fuente pxhere

búsqueda de elementos significativos, que se consideran dignos de preservación para el presente y el futuro. El concepto de patrimonio, por lo tanto, se convierte en algo dinámico e inestable, al tratarse de una construcción social que depende del sujeto colectivo, de la sociedad de cada momento. Es esta sociedad la que activa (o desactiva) espacios, objetos, y prácticas como patrimonio, cambiando también el concepto, el canon, sobre arte y cultura.

El patrimonio en un principio está relacionado con las producciones consideradas “grandes obra de arte”, las producidas por la clase dirigente, que era la que ostentaba el liderazgo cultural. Más tarde, con el cambio conceptual que suponen las vanguardias, y la progresiva “democratización” del arte y la cultura, el concepto de cultura pasa a definir las manifestaciones o modo de vida que caracteriza a un pueblo.

Así, el patrimonio pasa a ser el icono que configura y refleja la identidad de un colectivo. Como consecuencia, se produce una eclosión y diversificación de distintos patrimonios (arquitectónico, histórico, artístico...), y del patrimonio intangible e inmaterial (usos, costumbres, destrezas artesanas, cantos, tradición oral...). La memoria, por lo tanto, es la que se va a convertir en gran generadora de patrimonio, arrebatando al Estado su carácter

de “agente activador”, que ostentó en exclusiva desde la formación de los Estados-nación.

La activación de patrimonio por parte de estas memorias, de esta diversidad de grupos que caracteriza el Estado moderno, es importante ya que persigue el reconocimiento del estatus de estos grupos, por medio de la legitimación y puesta en valor de sus símbolos. De su patrimonio.

La otra cara de la moneda, sin embargo, es la señalada por el propio Ariño y por autores como Homobono (2008: 62), y se refieren al hecho de que haber situado el concepto de patrimonio como importante agente legitimador puede provocar, y de hecho provoca, un intento de instrumentalizar las políticas relativas al patrimonio y la aparición de conflictos entre diferentes grupos y sensibilidades. Existe, asimismo, un creciente interés económico a la hora de “crear patrimonio”. El reciente “turismo cultural” y sus posibilidades de explotación económica, de desarrollo y reconversión de ámbitos locales, va a hacer que cada vez sean más utilizados los criterios de tipo económico en las citadas “activaciones”.

Peligros que Bermejo Barrera (2006: 292) define con el nombre de “ideología del patrimonio”, y contra la que advierte, puede acabar provocando una trivialización de la cultura, en concreto de las disciplinas de historia, arqueología e historia del arte, trivialización que persigue despojar a dichas disciplinas de su capacidad de crítica política y social. Una nueva “defunción de la causalidad”, celebrada por ciertas corrientes historiográficas, antes vistas.

En definitiva, podemos afirmar nuestro fracaso a la hora de intentar contestar a la famosa pregunta de Carr ¿Qué es la historia?. Nunca fue el objetivo de este ensayo, pero al poner de manifiesto la actualidad de los debates surgidos en torno a los conceptos y procesos que operan en el conocimiento del pasado (historia, memoria, patrimonio), demostramos la preocupación e interés del mundo académico y de la sociedad civil por la materia. La historia, por lo tanto, es. Existe, como existen la

memoria y el patrimonio, y son grandes generadores de debate y nuevos conocimientos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARAVENA, P. (2014) François Hartog: La historia en un tiempo catastrófico. *Cuadernos de historia*, n.º 41, 2014, pp. 229-230
- ARIÑO, A. (2002) La expansión del patrimonio cultural. *Revista de Occidente*, n.º 250, 2002, pp. 129-150
- BERMEJO, X. C. (2006) La ideología del patrimonio y el nacimiento de la historia basura. *Gallaecia*, n.º 25, 2006, p. 292
- BRITTAN, D. (1997) Historia pública y memoria pública. *The Public Historian*, vol. 19, n.º 3, 1997, pp. 11-23
- CANNADINE, D. (2005) *¿Qué es la historia ahora?* Granada: Ediciones Almed, 2005
- CASPISTEGUI, F. J. (2003) Sobre el papel social del historiador o ¿para qué servimos? *Memoria y civilización: anuario de historia*, n.º 6, 2003, pp.193-199
- CARR, E. H. (2010) *¿Qué es la historia?* Barcelona: Ariel, 2010
- CARRETERO, M. (2008) *Documentos de identidad. La construcción de la memoria histórica en el mundo global*. Buenos Aires: Paidós, 2008
- DUBY, G. (1994) Escribir la historia. *Reflexiones*, vol. 25, n.º 1, 1994
- ELTON, G. R. (1967) *The Practice of History*. Londres: Fontana Books, 1967
- FABER, S.; SÁNCHEZ LEÓN, P.; IZQUIERDO MARTÍN, J. (2011) El poder de contar y el paraíso perdido. Polémicas públicas y construcción colectiva de la memoria en España. *Política y sociedad* [en línea], vol. 48, n.º 3, 2011, pp.471-472 <<https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/36423>> [Consulta: 08/01/2019]
- HARTOG, F. (2005) Tiempo y Patrimonio. *Museum International*, n.º 227, 2005, pp. 4-15
- HOMOBONO, J. I. (2008) Del patrimonio cultural al industrial. Una mirada socioantropológica. En PEREIRO, X.; Prado, S.; TAKENAKA, H. (coord.) *Patrimonios culturales: educación e interpretación. Cruzando límites y produciendo alternativas*. San Sebastián: Ankulegi Antropologia Elkarte, 2008, pp. 57-74
- JULIÁ, S. (2011) La memoria cotiza al alza. En JULIÁ, S. (ed.) *Elogio de historia en tiempo de memoria*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2011
- PASAMAR, G. (2003) Los historiadores y el “uso público de la historia”: viejo problema y desafío reciente. *Ayer*, n.º49, 2003, pp. 226-239
- PÉREZ, M. (2001) Ese artículo de lujo seriamente odioso. *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, n.º 47, 2001, pp. 15-16